

Mi hermano el alcalde.

Fernando Vallejo.

Madrid: Alfaguara, 2004.

*Primera versión recibida: 4 de enero de 2005;
versión final aceptada: 5 de abril de 2005 (Eds.)*

Con una bandada de loros verdes parlanchines que surcan los cielos del suroeste antioqueño nos encontramos por momentos los lectores de *Mi hermano el alcalde*, al lado del vital narrador que describe el paradisíaco paisaje que encuentran en su viaje hacia el espacio central de su relato: Támesis, el pueblo de la provincia de Antioquia, Colombia. De esta forma asistimos a otra novela del escritor colombiano Fernando Vallejo donde nuevamente el narrador se vale de variados artificios literarios para hacer vívida su prosa narrativa, artificios que van desde la puesta en escena de loros que acompañan al narrador en sus descripciones, narratarios inno-
brados pero presentes, narrador que se dice estar muerto, hasta personajes que hacen parte del imaginario biográfico del propio Vallejo como personaje narrador. Ya nos tenía acostumbrado el autor a estas estrategias en obras pasadas como *La Virgen de los sicarios*, y *El desbarrancadero*, pero en esta nueva experiencia le inyecta un poco más de perplejidad a su voz narrativa con la esperanza que el lector sabrá entender su artificio y comprender su intención provocativa de recrear algunos pasajes de su familia, del pueblo espacio de la diégesis, e incluso pasajes breves de la historia de su país.

La novela recrea la historia de Carlos, hermano homosexual del narrador, antes y después de su periodo como alcalde del pueblo de Támesis, y para el narrador resulta deslumbrante contar lo sucedido durante aquella época del delirio político de su hermano que lo lanzó a conquistar el electorado de aquella región, sin importar el montaje electoral promovido para alcanzar su fin como primer burgomaestre de dicho pueblo emplazado en las montañas antioqueñas o precisamente por eso, y sin prever que al final sucumbiría ante las trampas de la democracia colombiana.

Y es precisamente la narración en clave de farsa de dichos procedimientos lo que a la postre le darán ese toque humorístico, crítico, bello, cruel y fascinante a la prosa de Vallejo en su nueva experiencia novelística, que envuelve a los lectores en situaciones de completa ironía y encanto cuando, por ejemplo, se narra que en la victoria democrática de la alcaldía, Carlos contó con una ayuda importante por parte de los muertos. Así lo plantea el propio narrador cuando expresa: “Con los muertos lo que sí hay que hacer, una vez por cuaresma, es cazarlos a votar. Te lo agradecen mucho porque se olean. Alcalde de los vivos, Carlos fue a la vez alcalde de los muertos pues por ellos fue elegido” (49), lo cual se revela como un signo contundente de una auténtica democracia de los muertos, extendida a lo largo de una falsa política colombiana.

Igualmente, la ágil prosa vallejeana se hace sentir con fuerza cuando sumerge al lector en ambientes típicos del campo colombiano, describiéndole su paisaje o exponiéndole el proceso de siembra y recolección del café: “Por la falda de la loma iban los chapoleros o recolectores recogiendo en cestas de bejuco el grano maduro, grano por grano, cafeto por cafeto, surco por surco, lote por lote, protegiéndose del ardiente sol con sombreros de paja. En cada cesta caben quince kilos de café en cereza, o sea sin procesar...” (83); o incluso cuando asistimos a escenarios donde hace uso de su perspicaz crítica frente al uso idiomático de su propia lengua: “¡Miserables! Decirle así a Memito, un alma de Dios con esa palabra tan fea. Que tengo que explicar porque la Real Academia Española de la Lengua, que es realista y lambecuras y tiene un alma gazmofía que extienden como tapete rojo para que la pisen las infantas reales, no quiere oír, no quiere saber, no quiere entender, no quiere ver. ‘Cacorro’, señorías, en Colombia quiere decir homosexual activo, siendo ‘marica’ el que hace el papel pasivo” (26).

Tenemos pues una nueva novela del autor antioqueño donde, como en sus últimas obras, se mezclan la ficción y la autobiografía a partir de una voz inconfundiblemente suya que se acentúa aún más con el humor, lo burlesco y la comicidad propia que genera la aventura municipal del alcalde de Támesis. Y nuevamente se cuelan en su prosa la nostalgia por un pasado idílico rodeado de su familia, la crítica feroz a instituciones, políticos, poderes económicos y eclesiásticos de Colombia y el mundo entero por su colaboración en la creación de podredumbre humana, la voz todopoderosa de un narrador que dirige al lector a su antojo por las páginas de

la narración, haciéndolo dialogar con él y contestando a las preguntas que él mismo le formula; incluso increpándolo a seguirlo o abandonarlo de acuerdo con su actitud asumida frente a los hechos revelados en su ficción literaria.

Resta decir, igualmente, que asistimos a una obra escrita con un lenguaje desenfadado pero vehemente, ligero de artificios lingüísticos, contundente y arrasador en su función doble de seducir y encantar al lector hasta adentrarlo en el contexto mismo de la historia recreada.

Edwin Carvajal Córdoba
Universidad de Antioquia
Facultad de Educación